

La Química del Infarto

Dedicado a la Naturaleza y a la humanidad; porque con nuestros actos, transgredimos su Ley, y como resultado, hemos heredado nuestras condiciones de salud.

Vol. III

La Química del Infarto

Por qué los humanos no deben comer carnes

Lic. Carlos Luís Partidas

Reseña del Autor: Egresado de la Facultad de Ciencias de la Universidad Central de Venezuela, con el título de Licenciado en Tecnología Química. Estudios de post grado en Ciencia y Tecnología de Alimentos.

La Química del Infarto

Segunda edición, Caracas, Venezuela.

ISBN 978-980-12-7728-6

DEPÓSITO LEGAL Nro. Lf03220146133475

**© REGISTRO DE LA PRODUCCIÓN INTELECTUAL SAPI: N°
8074**

Edición, revisión y diseño: Lic. Carlos Luís Partidas

Copyright © 2010 por Carlos Luis Partidas. Reservados todos los derechos. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, escaneada o distribuida por cualquier medio impreso o electrónico, sin el permiso por escrito del autor. Por favor, no se haga cómplice de la piratería o violación del derecho de autor del material registrado. Adquiera únicamente las ediciones autorizadas.

INDICE

CONTENIDO	PAG
INTRODUCCIÓN.....	7
CAPÍTULO	
I	
PROTEÍNAS Y AMINOÁCIDOS.	11
II	
EL CARÁCTER ANFÓTERO DE LOS AMINOÁCI- DOS.....	27
III	
LA QUÍMICA DEL COLESTEROL.....	47
IV	
SISTEMA GLICINA-COLESTEROL.....	55
V	
EFFECTO DE LA ACIDOSIS SOBRE LA GLI- CINA.....	71
VI	
“EL LUCHADOR DE ZUMO”.....	87
VII	
MECANISMOS NATURALES DEL CUERPO PARA AUTO-REGULAR LA PRESIÓN ARTERIAL.....	105
VIII	
LA QUÍMICA DE UN COÁGULO SANGUÍNEO.....	117

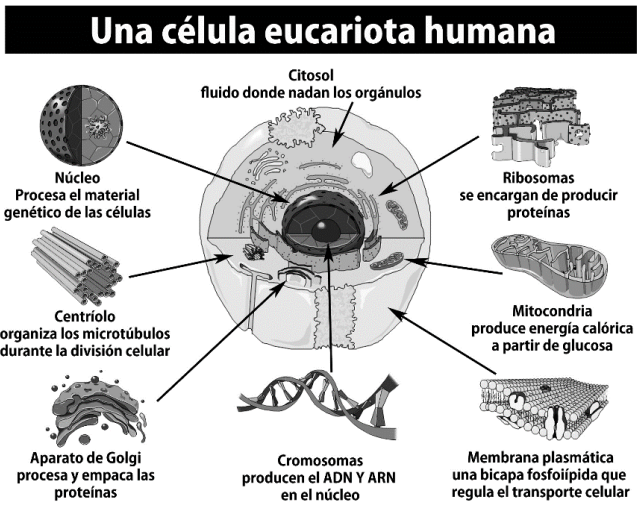


Figura 1

INTRODUCCIÓN

Sería difícil precisar, el momento y la manera, o cómo los primeros humanos comenzaron a consumir productos de origen animal, con el propósito de satisfacer el apetito. No obstante; y lo que si podemos intuir, es que desde ese mismo instante, también se dio inicio a un proceso de alteración de un sistema fisiológico, que fue concebido con sus particularidades que le son permisibles para funcionar solamente con los procesos digestivos y neurológicos con los cuales este fue progresivamente estructurándose, hasta alcanzar su actual versión optimada para su desarrollo funcional. Pero de acuerdo con las características del sistema celular que corporifica al ser humano, no hay duda que dichos procesos en sus cimientos, eran los que correspondían a los de un arquetipo adoquinado, para un ser vegetariano, a cuyo sistema y procesos bioquímicos, también están adaptadas otras especies. A lo largo de su historia, el descendiente del *Homo sapiens* ha tratado de cambiar la manera de sostener aquel sistema celular tan particular, pero que únicamente le admiten realizar procesos metabólicos mediante la utilización de alimentos que provengan de los vegetales. Para poder asimilar la comida que venga de una especie animal, sería necesario adaptar el sistema celular originario, insertándole otras vías y mecanismos bioquímicos de síntesis, lo cual, a este nivel de su perfec-

cionamiento, resultaría una tarea casi imposible, pues tendríamos que transformar todo ese prototipo genético que ya fue conformado. El problema principal, resulta, de que por ser un sistema que funciona mediante una enorme cantidad de reacciones químicas, de igual modo se deben consumir los materiales idóneos, para que puedan ocurrir las demás funciones vitales y que le apropias a ese sistema corporal. Pero, además, que los residuos que resultaren de esa actividad metabólica, tendrían que ser igualmente los adecuados para poder desalojarlos del cuerpo, bien sea por su toxicidad, o porque se requiere desocupar el espacio, a fin de permitir el ingreso de otras, o de aquellas sustancias carentes.

En estos procesos biológicos, donde la actividad de vivir es tan compleja, se le exige a este diseño, una gran demanda de trabajo, por lo cual, la mayoría de las células cesan de sus funciones, mediante un proceso de extinción natural, o que ya viene indicado por el código genético de la propia célula. Así, por ejemplo, las células del corazón viven muy poco, porque estas están sometidas a la enorme tarea mecánica, que les exige la acción de mantener un bombeo constante de sangre, desde el mismo momento desde que se forma el embrión, hasta el final de la vida de cada individuo. Esta constante actividad dentro de las células, es lo que provoca el desgaste o la fatiga en la reproducción de todo el conjunto corporal, resultando lo que se conoce como el envejecimiento. Para realizar todas esas actividades, las células cardíacas dependen de dos factores principalmente: de la temperatura y del grado de acidez

en el cual está inmerso el *núcleo*, es decir, el pH del *citoplasma*. En el primer caso, el sistema tiene que funcionar dentro de un rango de calor adecuado, ya que la actividad enzimática dependerá en gran medida del grado de temperatura corporal. Porque si la temperatura es muy baja, no se producirían las reacciones químicas necesarias, y las células tardarían demasiado tiempo en prorrumpir las funciones vitales, así que pudieran morir antes de replicarse. Pero si la temperatura fuese muy alta, estas actividades se acelerarían en tal grado, que envejeceríamos en un tiempo muy breve. De hecho, una persona con fiebre, el crecimiento de las uñas y el cabello se acelera hasta un 10 %. En cuanto al grado de acidez o pH corporal, la situación es muy parecida, porque este grado de acidez, es el que actúa como un interruptor, para activar y/o desactivar las funciones bioquímicas, mediante el tremolar de los electrones con los protones; de tal manera, que estaremos obligados, por la tipología de nuestras células, a vivir apegados al diseño de funcionamiento que estas fueron adoptando, desde el mismo instante en que se logró su configuración genética propia o particular. Cuando una célula muere de manera natural, el material de esta es reusado por las células vivas, con el fin de ayudar o continuar con las funciones de la primogénita. Uno de los materiales más útiles de la célula extinta, es el ADN, el cual utilizan las células vivas para sintetizar, por ejemplo, *ácido úrico* útil a partir de las bases púricas *guanina* y *adenina* que formaban parte del ADN de nuestras células muertas. El *ácido úrico*

propio o producido de esa manera natural, tiene la enorme ventaja de ser un excelente antioxidante, por lo cual, ayudará a controlar las demás sustancias que cumplen faenas oxidativas. Pero, si consumimos células de origen animal, igualmente las bases púricas o purinas *guanina* y *adenina* del ADN y ARN animal muerto, serán convertidas paralelamente en *ácido úrico* foráneo, que, por ser este ácido insoluble en el fluido corporal, se sumará al que proviene de nuestras células muertas; y, esta abundancia, logrará atiborrar nuestro organismo. Y un exceso de este *ácido úrico* de origen externo, resultará perjudicial. Adicionalmente, cuando se consume proteína de origen animal, adjunto a esa porción proteica, viene asociado un aminoácido oxidante muy importante, como es la *metionina*. El exceso de dicho aminoácido en el cuerpo, promueve una de las principales causas de los infartos, como es la **esclerosis**. De tal manera, que nuestras células se verán abarrotadas con el mismo tipo de compuestos que ellas procesan, pero que sin duda serán supra abundantes en *ácido úrico* y *homocisteína*, lo cual logrará que este ácido se salga de su rango antioxidante útil o aprovechable.